

EUROPA EN TIEMPOS INCIERTOS*

España y el Reino Unido frente a la idea de Europa

Comparar la actitud de nuestros dos países, España y el Reino Unido ante la idea misma de lo que es Europa es el principal propósito de mi intervención. La historia sobre la que nos apoyamos para poder realizar esta comparación es sorprendentemente parecida, y me gustaría empezar reflexionando precisamente sobre esta historia. Si esperaban de mí una conferencia sobre política de seguridad europea o la propuesta de referéndum del primer ministro Cameron sobre Europa, debo decirles que han escogido al hombre equivocado para hacerlo. Soy un historiador, no un político y tampoco un politólogo o un estudioso de la política, significa esto lo que signifique. Por consiguiente no podré decirles lo que nuestro primer ministro espera que ocurra con respecto al Reino Unido y Europa. De hecho es algo que no deja de sorprender a todo el mundo. Pero es necesario recordar que la Historia a menudo ofrece una dimensión que los diplomáticos y los políticos –por no decir siempre– olvidan enfatizar. Y sin embargo el futuro siempre viene determinado por el pasado.

Tanto España como Inglaterra formaron parte del Imperio romano, ambos de forma periférica, en cierto sentido, pero de tal forma que ambos

Hugh Thomas, Lord Thomas of Swynnerton, es historiador y escritor.

Traducción de Estefanía Pipino.

* Texto editado de la conferencia que el autor dictó en el Campus FAES 2013 dentro del Curso “Una nueva relación atlántica”. Guadarrama, 3 y 4 de julio de 2013.

países se vieron fuertemente influenciados. Se podría decir que estoy diciendo algo evidente, pero creo que la mayoría de ciudadanos de nuestros dos países no podrían realizar esta comparación. El papel desempeñado por España en el mundo romano fue, por supuesto, más distinguido que el británico, ya que ustedes dieron al Imperio al menos tres grandes emperadores como Trajano, Adriano y Teodosio, por no hablar del filósofo Séneca. Encontré una agradable referencia a esta aportación en un discurso de 1520 del obispo Ruiz de la Mota, el preceptor de Carlos V, al que presentaba como un Trajano. España formó parte del Imperio desde finales del siglo III a. C. hasta el siglo V d. C., mucho tiempo, seis siglos, más que la gran aventura imperial llevada a cabo por Fernando e Isabel y finalizada con Alfonso XIII. Por su parte, el Reino Unido podría hacer un esfuerzo y reclamar a Constantino como uno de los nuestros... ¿acaso su madre Elena no nació en York? Aunque eso sería llevar las cosas demasiado lejos.

La caída del Imperio romano fue provocada por las llamadas invasiones bárbaras en ambos países. A España llegaron los godos, es decir, los godos occidentales o visigodos, los vándalos, los suevos, algunos francos y, en última instancia, los moros, o sea los árabes del norte de África. Nosotros también tuvimos una buena mezcla de invasores, como los anglos y los sajones, los jutos y los danos, y luego los normandos, lo que condujo a una interesante mezcla de la que solía burlarse aquel extraordinario estadista europeo, el general De Gaulle, al hablar de "*les Anglo Saxons*" para designar a todos aquellos situados al norte del Canal, y donde incluía, sorprendentemente, a los ciudadanos de Estados Unidos. Todos ellos mezclados con los colonizadores romanos que sobrevivieron y con los celtas, que antes de la llegada de los romanos proporcionaron la mayor parte de la población en ambos países, el Reino Unido y España.

De ahí en adelante ambos hemos construido nuestras naciones sobre las calzadas romanas, una calzada teselada, quizá, pero una calzada de todas formas. Nuestras dos lenguas miran hacia el latín, vosotros más que nosotros con vuestra gramática, pero nuestro vocabulario tiene fuertes influencias del latín, sobre todo cuando se quieren expresar reflexiones sentenciosas, como las que acabo de decir.

Pero existen otras similitudes. Si alguien compara la España de los Trastámara con la Inglaterra de los últimos Plantagenet, las diferencias son bastante modestas. En el siglo XV nuestros dos países atravesaron épocas de guerra civil, los dos estuvimos enredados en un momento u otro con otros países de Europa, y los ingleses, como debemos llamarnos durante varios siglos, de 1066 a 1453 para ser exactos, tuvimos una larga experiencia francesa; España por su parte tuvo que soportar a Juan de Gante en Galicia. Nuestros dos países tienen una literatura que debe mucho a los romances artúricos o de caballería. En el siglo XVI ambos países compartimos la experiencia extraordinaria que supuso establecer un imperio en las Américas. Por supuesto, España fue la primera en esta increíble empresa y para 1600 ya había construido un vasto mundo colonial con catedrales, conventos y palacios que realmente Inglaterra no pudo igualar en muchas generaciones y que, como nación, minusvaloramos. Las grandes construcciones religiosas del imperio español del siglo XVI se encuentran tratadas en detalle, espero, en un libro que acabo de finalizar, el tercer volumen de una trilogía que tengo sobre el Imperio español. Estos fueron vuestros días de gloria.

En su lugar, Inglaterra tomó un camino excepcional que no fue compartido por España, el drama de una revolución religiosa inspirada por los protestantes y que trajo como consecuencia una feroz guerra civil que no acabó hasta finales del siglo XVII. Pero acabó, y nos dejó, en parte como consecuencia, un sistema político más libre que el de cualquier otro país de Europa. Luego inspiramos la primera revolución industrial en el norte y el centro de Inglaterra. Vivimos nuestros propios días de gloria basados en la libertad política, la elocuencia en el parlamento, los logros científicos y el genio artístico, sobre todo el genio literario, seguido de más empresas imperiales, una era que duró hasta el final de la terrible Segunda Guerra Mundial. Desde hacía varias generaciones creíamos que nuestra grandeza perduraría para siempre, pero por supuesto no fue así.

Sería interesante explorar cómo España y el Reino Unido perdieron sus imperios y luego casi olvidaron que alguna vez los tuvieron. Ahí hay algunas diferencias. Al final del Imperio español le siguió una serie de guerras civiles que comenzaron con las tres guerras carlistas del siglo XIX y acabaron en el siglo XX con el terrible conflicto de los años 30. Afortunadamente, el Reino

Unido, al menos hasta ahora, no ha tenido ninguna serie de choques asesinos en casa que sea comparable, aparte de los de Irlanda del Norte.

Debería resumir esta sección de mi conferencia. El Reino Unido y España han tenido muchas experiencias en común, como las guerras en la Edad Media, sus imperios en el siglo XVI, el ocaso de sus imperios en los siglos XIX y XX. Pero también hemos tenido diferencias como la Reforma en Inglaterra y las guerras civiles de España, la participación del Reino Unido en dos guerras mundiales y las explotaciones industriales. Todos estos acontecimientos, incluso los del siglo XVI, son responsables de las actitudes de nuestros dos países ante el nuevo desafío y las oportunidades presentadas por la Unión Europea.

Ante este reto, por razones que reflejan consideraciones y preocupaciones pasadas, hemos reaccionado de forma totalmente diferente. En primer lugar, por razones históricas en España, tanto los progresistas como los conservadores siempre han considerado la idea de Europa, y en concreto Francia, como el camino a la libertad. Tanto Godoy como los progresistas del siglo XIX, y después Azaña y Negrín, se exiliaron o en Francia o en el Reino Unido. “Cruza de Irún a Hendaya y estarás en una sociedad justa”, pensaba incluso la gente bajo la dictadura de Primo de Rivera. La mayoría de los hombres públicos de todo tipo han considerado Europa y, últimamente a sus vecinos europeos, como la realización del destino nacional. Europa siempre ha parecido ofrecer un abrazo progresista. Esto también puede ser un engaño, porque en ocasiones un abrazo progresista también puede ser poco deseable. Generalmente Francia ha ofrecido menos libertad que Inglaterra, pero los progresistas franceses siempre han disfrutado de un mayor atractivo en España como en los países de Hispanoamérica.

Pero en el Reino Unido la visión de Europa era muy diferente. “Los quejidos apagados de Europa no llegan a ella”, escribió el economista Maynard Keynes en su brillante polémica *Las consecuencias económicas de la paz*, que atacaba el Tratado de Versalles de 1919, ya que “Inglaterra aún está fuera de Europa. Europa es cosa aparte. Inglaterra no es carne de su carne, ni cuerpo de su cuerpo”. Lo mismo sigue siendo cierto casi cien años más tarde. Las explicaciones son varias aunque no plenamente satisfactorias.

En primer lugar, hace muy poco que abandonamos el Imperio británico, y desde luego los países de la Commonwealth, cuyas reuniones siempre presidimos, dan la impresión de que aún participamos en el juego político del poder imperial. También estamos encantados con la amistad y comprensión que hemos obtenido desde 1917, en concreto con Estados Unidos desde 1941. No tengo muy claro si se supone que la “relación especial” que hemos compartido desde la Segunda Guerra Mundial sigue en pie, pero en cualquier caso la amistad angloamericana sigue siendo una estrecha alianza cimentada por la memoria de una historia común, incluida una historia constitucional.

Diversas personalidades públicas del Reino Unido también nos han conducido a pensar en Europa no como un lugar relacionado con la libertad, como ha sucedido en España, sino con la tiranía, es decir, con Luis XIV, Napoleón, el Kaiser, Hitler y luego el comunismo.

Quiero dedicar un poco más de tiempo a comentar el complicado trasfondo que explica la actitud británica hacia la Comunidad o Unión Europea. El accidente de la historia ha significado que todas las organizaciones internacionales precedentes de las que hemos formado parte –la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y sus organismos, la OTAN, por supuesto la Commonwealth, incluso el Concierto de Europa a principios del siglo XIX– se construyeron con el Reino Unido como parte de ellas, incluso parte decisiva. No estamos acostumbrados a trabajar en una organización en la que no hayamos ayudado a establecer las normas. Pero el arquitecto de la Unión Europea fue, en primer lugar, el brillante francés, Jean Monnet, marcadamente anglófilo por cierto, cuyo conocimiento del comercio europeo provenía de la experiencia familiar vendiendo brandy, una buena base para planificar un nuevo mundo... pensarán algunos. Monnet se dio a conocer cuando propuso la unión política completa entre Francia y el Reino Unido, idea lanzada por Winston Churchill en 1940 –este era un plan extraordinario.

Los otros tres estadistas europeos que desempeñaron una parte decisiva en las fases tempranas de la construcción de nuestra unión fueron todos ellos demócrata-cristianos: “Monsieur” Robert Schuman, de Alsacia, autor

del plan para que Francia y Alemania compartieran el carbón y el acero de la región del Ruhr; el Dr. Konrad Adenauer, restaurador de Alemania tras 1945, y el “Signor” Alcide de Gasperi, que hizo lo mismo en Italia.

Cuando estuve en Cambridge, a principios de los cincuenta, tuve el privilegio de mostrar a Monsieur Schuman la universidad. Me preparé concienzudamente (pensaba yo) para la visita, me aprendí los productos nacionales brutos relativos de los países de Europa occidental. Pero a Monsieur Schuman no le apetecía hablar de comercio y no mencionó ni una sola estadística. Solo quería, como buen demócrata-cristiano, hablar del cristianismo. Para esa agenda estaba menos preparado.

Ahora hablaré de la actual participación del Reino Unido y España en esta idea de posguerra de la colaboración europea. En mi opinión, el objetivo perseguido por Monsieur Monnet y sus amigos era el de que, a través del establecimiento de varias capas de colaboración y armonización de prácticas a pequeña escala, desde el tamaño de las copas de vino hasta la consistencia de la leche o de la nata, Europa se despertase un día y de pronto se encontrase con que estaba unida, sin haber tenido que atravesar una gran conferencia intergubernamental formal en Versalles o Colonia. Alemania y Francia se acostumbrarían tanto a colaborar que la idea de una nueva guerra entre ellas parecería impensable.

El Reino Unido fue invitado a unirse a estas conversaciones tempranas sobre Europa que tuvieron lugar en los años cincuenta y un ministro, Kenneth Younger, más tarde amigo mío, fue a ver al entonces ministro de Asuntos Exteriores, un hombre algo rudo pero de buen carácter llamado Herbert Morrison, el abuelo del político actual Lord Mandelson. Younger se encontró con Morrison en un buen restaurante, el Ivy de Soho, y le comentó la idea de que el Reino Unido se uniera al plan de Monnet. “No, no –dijo Morrison–, los mineros de Durham nunca lo aceptarían”. Así fue que un acontecimiento decisivo para la historia del Reino Unido se resolvió en un restaurante de lujo. Podría haber peores sitios para decidir este tipo de cosas, desde luego. De todas formas, es extraño que los mineros de Durham acabasen siendo actores de un drama representado en un espléndido restaurante.

Muy pronto, el éxito de la Comunidad del Carbón y del Acero, el Mercado Común, como acabó llamándose, comenzó a presentarse a los formuladores de las políticas del Reino Unido. También lo hicieron en España, en el momento de la transformación económica llevada a cabo por los ministros del Opus Dei, los “tecnócratas” del famoso “plan de estabilización”, como Ullastres, Navarro Rubio y López Rodó. Parecía que se estaba abriendo una puerta en nuestros dos países, pero incluso ministros españoles liberales como Manuel Fraga no veían la forma de lograr que el régimen del general Franco pudiera entrar en el Mercado Común, a pesar de que no había restricciones políticas oficiales. Sin embargo, echando la vista atrás, sí que considero increíble que ya antes de 1960 España hubiera visto que su destino estaba en el Mercado Común, a pesar del nacionalismo del régimen. Pero claro, el gobierno de Harold Macmillan de Londres era ligeramente diferente.

A finales de los años cincuenta, yo trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Su Majestad y recuerdo una serie de propuestas que nos hicieron en el departamento de Relaciones Económicas para adaptar nuestras instituciones económicas. Una idea era establecer un área de libre comercio alrededor del Mercado Común que, por supuesto, en ese momento solo tenía seis miembros, uno de los cuales era la pequeña Luxemburgo. Y otra fue el llamado “Plan G”, que significaba intentar entrar en el Mercado Común en ese mismo momento, aunque no hubiéramos estado presentes en las primeras etapas. Macmillan finalmente convenció a su poco entusiasta gabinete para apoyar el Plan G, y Edward Heath, el futuro primer ministro, se convirtió en nuestro negociador jefe.

Era necesario ser elegido por todos los miembros del Mercado Común y rápidamente se hizo evidente que nuestro problema venía de Francia. Macmillan había conocido a De Gaulle en Argel durante la guerra y era optimista en cuanto a poder superar su oposición. Pero al final, en enero de 1963, De Gaulle vetó nuestra entrada sobre la base de que aún estábamos muy ocupados con nuestras muchas actividades *un peu partout* en el mundo, y la prensa francesa insistía en que obviamente no nos podían elegir porque solo se podía tener un líder en Europa. No se pueden tener dos gallos en el mismo corral, como dijo un escritor francés. Nadie dijo que Esparta tuvo dos reyes e incluso Roma, en la República, dos cónsules. Yo

a menudo me he preguntado por qué ningún sistema político moderno ha experimentado con una presidencia doble.

Los años siguientes fueron complejos para el Reino Unido con respecto a Europa. Fueron más que complejos en España, por supuesto, con el asesinato de Carrero Blanco a manos de ETA en 1973, seguido de la muerte de Franco y de la coronación del rey don Juan Carlos en 1975. Europa aún no estaba en la agenda política española, aunque recuerdo haber sido invitado por el ministro laborista de Asuntos Exteriores, Jim Callaghan, a un almuerzo con motivo de la primera visita a nuestro país de un ministro de Asuntos Exteriores del Rey, José María de Areilza, que en su admirable discurso (es uno de los mejores oradores que he visto) habló de su deseo de que España se convirtiera en miembro del Mercado Común Europeo. Callaghan me dijo: “estoy a favor del plan del ministro de Exteriores, así que cualquier cosa que puedas hacer para apoyarlo en tus escritos será de mucha ayuda”. Por supuesto, hice lo que pude.

En esos años el Reino Unido no podía escapar de Europa, ya que tanto Heath como Wilson se embarcaron en una nueva campaña para revocar el veto de De Gaulle, que para entonces ya había muerto. Wilson dijo que había renegociado los términos acordados por Heath, pero nadie entendió realmente lo que quería decir; y la consecuencia fue que el Reino Unido convocó en 1975, por primera y única vez hasta ahora, un referéndum a nivel nacional sobre la cuestión, algo que destruyó la unidad del Partido Laborista durante una generación. El país votó permanecer en la Comunidad Europea por una mayoría de dos tercios. Esto ciertamente debería haber zanjado el tema para siempre, pero la mayoría de nosotros sabemos que no fue así.

Desde 1975, el Reino Unido ha atravesado una experiencia de lo más curiosa. Yo mismo no lo entiendo bien. En 1970 todo el entusiasmo por Europa de la vida política británica provenía del partido conservador, mientras que el laborismo estaba básicamente en contra. Aunque es cierto que había excepciones en ambos lados del espectro político. Así, un grupo de políticos laboristas moderados encabezados por el progresista Roy Jenkins apoyaban un Reino Unido en Europa y, en el lado conservador, había unos cuantos hombres inteligentes como el complicado Enoch Powell que siempre se mostraron críticos con Europa.

Pero los líderes de ambos partidos fueron totalmente claros. Esto incluía en esos años a Margaret Thatcher. Ella quería hacer reformas pero no quería irse (aunque algunos de sus supuestos admiradores ahora difieren sobre esta cuestión). Los conservadores admiraban el *revival* internacional del capitalismo que, según parecía, había traído prosperidad y riqueza al continente. Había ayudado a Alemania Occidental a recuperarse de las terribles heridas de guerra que había sufrido. En el Partido Laborista eran críticos porque pensaban lo contrario: la política europea había revivido el capitalismo del que no querían formar parte. Sin embargo, el pequeño partido de centro, los liberales, siempre estuvieron a favor de Europa, pero no eran lo suficientemente importantes entonces para ser tenidos en cuenta.

Pero en los noventa estas identidades fueron derribadas y sustituidas. Los conservadores ahora son los antieuropeos y el Partido Laborista es el amigo de Europa. No se me ocurre un cambio político de tal magnitud en tres siglos de política constitucional del Reino Unido, desde 1714. Como es natural, existen excepciones; hay proeuropeos en el gabinete, como el infatigable Kenneth Clark, y antieuropeos entre los líderes laboristas. Pero, básicamente, los dos partidos han invertido sus posiciones. La consecuencia es que Cameron se ha comprometido en el Reino Unido a apoyar un referéndum para el año 2017, una vez haya ganado las elecciones y haya negociado las condiciones. Podríamos estar en el mismo escenario de 1975, cuando se insistía a Harold Wilson para que renegociara el acuerdo; renegociación seguida de un referéndum calurosamente apoyado por los conservadores. Pero es poco probable que los países europeos se aparten mucho de su camino con el fin de satisfacer el deseo de cambio británico.

Así, el Reino Unido se encuentra en un momento complejo y difícil con respecto a Europa. Las opiniones están muy divididas. En el Gobierno de coalición de Cameron, los socios liberales están todos a favor de Europa. Los conservadores están muy divididos y muchos de sus jóvenes más capaces e inteligentes –gente que me gusta y a la que admiro– expresan abiertamente sus dudas; la palabra es que son escépticos cuando no hostiles.

Nuestro ministro de Educación, el competente Gove, ha dicho que podría estar contento si nos fuéramos de Europa. El altruista Duncan Smith no deja

dudas de que es de la misma opinión. Diputados recientes e inteligentes como Jesse Norman¹ y el Dr. Kwasi Kwarteng, que han escrito libros excelentes de historia, el primero sobre Edmund Burke, el estadista y escritor del siglo XVIII, y el segundo *Ghosts of Empire*, han expresado sus dudas. El ministro de Exteriores, William Hague, parece compartir sus opiniones. Apenas pasa un día sin que un titular anuncie que algún sector importante de opinión crea que “necesitamos un nuevo acuerdo con Europa o nos vamos”. Los historiadores dicen que la Unión Europea está destruyendo vidas; el periódico *The Times* escribió el pasado 3 de julio que “la UE está socavando las tradiciones jurídicas y dañando la seguridad parlamentaria del Reino Unido”.

Creo que Cameron debe hacer un esfuerzo y decir clara y creativamente lo que quiere revisar. Lo que no debe hacer es una ampulosa declaración de principios, sino explicar cómo estos cambios podrían beneficiar a todos en Europa; por ejemplo, la aceptación de que la ley penal se reserve a los Estados-nación individuales.

Como de costumbre, tenemos algunas dificultades con el Partido Laborista. Sus líderes piensan que no se debería negar al público su derecho a participar en un referéndum sobre Europa. Pero, ¿cómo pueden apoyar algo así cuando han sido los conservadores los que lo han propuesto? Y cuál será el sentido de su voto también es un asunto complicado. Sospecho que la mayoría de los miembros laboristas querrán votar a favor.

He venido hoy aquí, en realidad, porque nosotros en el Reino Unido necesitamos urgentemente el consejo de ustedes, los españoles, sobre qué tipo de cosas podemos pedir en Europa sin conducir a la locura al consenso europeo. En aquellos años, entre tanto, España consiguió entrar en Europa tras el genuino establecimiento de la democracia en 1978, un proceso dirigido por el socialista Felipe González en 1985. Esta culminación política se realizó de forma muy inteligente, ya que el presidente francés había sido totalmente claro respecto a su oposición a que España entrase a formar parte

¹ “Colapso social y renovación social: la Gran Sociedad”, *Cuadernos de Pensamiento Político* N° 31 (julio/septiembre, 2011). http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130423221316colapso-social-y-renovacion-social-la-gran-sociedad.pdf

de la Unión Europea. Pero lo que podría sorprender a las generaciones futuras es que hubiera tan poco debate al respecto. Pienso que todos los partidos en este país asumieron que pertenecer a la Unión Europea sería indudablemente beneficioso.

Ahora estamos en una nueva etapa de dificultades debido al fracaso de la moneda europea, el euro, incapaz de establecerse sólidamente en un concierto de naciones que esencialmente aún es una confederación de Estados pero no una federación. Muchos han pensado y argumentado que el euro solo puede salvarse, y tal vez Europa en sí misma solo pueda salvarse como empresa política, si Europa avanza en la idea de una mayor unificación de poderes y proyectos. Yo creo que tienen mucha razón. Yo preferiría que el Reino Unido se uniera a la aventura europea de forma completa, tanto a los acuerdos Schengen sobre las fronteras como a la divisa, pero ninguna de las dos cosas parece muy probable, sobre todo la segunda. Me temo que parece más probable que mantengamos nuestra posición distante, quejándonos en lugar de construir, y reticentes a usar el cálido lenguaje de los europeos.

No obstante, sospecho que la Unión Europea en el futuro querrá crear algo parecido a una estructura federal. Los detalles no tendrían por qué ser invasivos. La palabra “federal” significa lo contrario. Cada Estado miembro querrá seguir teniendo su propio jefe de Estado, ya sea un monarca o un presidente elegido a través de las urnas. Este arreglo tendría como ancestro remoto al antiguo Sacro Imperio Romano Germánico brutalmente dañado por Napoleón y que el Congreso de Viena de 1814-1815 ni siquiera trató de restaurar. Espero y creo que el Reino Unido seguirá en Europa y aún creo que podemos contribuir.

Independientemente de la estructura europea que establezcamos, necesitamos considerar su relación con los Estados de las Américas y quizá con Australasia. También podría considerarse la relación con el Estado de Israel. Quizá podría buscarse algún tipo de archipiélago intelectual del mundo libre. Esta es una idea que España podría proponer, dada su cercana relación con los países de América Latina.

Necesitamos tener en mente en todas nuestras planificaciones y sueños que los movimientos antieuropeos populistas –como en Inglaterra el UKIP

o en Francia los seguidores de Le Pen– parecen estar aumentando su eficacia. Además es interesante reflejar que, aunque España tiene problemas con algunas comunidades como Cataluña o el País Vasco, no tiene todavía un movimiento nacionalista popular. ¿Cómo se explica esta inocencia?

Quizá sí hay un asunto que debería preocuparnos. Se trata de la consecuencia de la independencia de Escocia, o de alguna parte de algún otro país, en las relaciones de las antiguas madres patria con Europa. La idea de que Escocia pudiera convertirse sin ningún esfuerzo en un Estado independiente dentro de la Unión Europea necesita ser reexaminada tal como ha hecho una comisión de la Cámara de los Lores.

Finalizo aquí mi exposición. No obstante, existe una distinción que quiero resaltar. Creo que soy la única persona que consiguió que la ex primera ministra Margaret Thatcher citara al gran poeta francés Arthur Rimbaud. Lo hizo al citar su famoso poema *Le bateauivre* cuando dijo: “Je regrette l’Europe aux anciens parapets!” [“Yo extraño la Europa de los viejos parapetos”]. Nótese que dijo *anciens parapets*. Los historiadores deberían sentirse contentos con esta alusión.

PALABRAS CLAVE

Europa • España • Reino Unido • Crisis económica • Unión Europea • Valores occidentales

RESUMEN

El gran historiador inglés, Hugh Thomas, pronunció este verano una conferencia magistral en el Campus FAES sobre los tiempos inciertos que acechan a Europa y las similitudes y diferencias de España y el Reino Unido en su camino en la Unión Europea. Así, por ejemplo, analizó las actuales reticencias del partido conservador de Cameron hacia el proyecto europeo o las implicaciones del proceso de independencia de Escocia.

ABSTRACT

The eminent British historian, Hugh Thomas, delivered a lecture this summer at the FAES Campus on the uncertain times that threaten Europe and the similarities and differences between Spain and the United Kingdom on their road to the European Union. He thus analysed, for example, the current reluctance of Cameron's Conservative Party toward the European project and the implications of the Scottish independence process.

CUADERNOS
de pensamiento político**HUGH THOMAS**

Europa en tiempos inciertos

JAVIER REDONDO

El reformismo durante la Transición

ÁLVARO RODRÍGUEZ BEREJO

Constitución y articulación territorial del Estado

JOHN MÜLLER

Ideas para la modernización de España

ANA MAR FERNÁNDEZ PASARÍN

El valor de la Unión en contra de la secesión

ALFONSO CUENCA MIRANDA

Canadá y la cuestión de Quebec (II)

H.C.F. MANSILLA

La Escuela de Frankfurt y los desafíos de nuestro tiempo

XAVIER PERICAY

Bondades y maldades del buenismo

FERNANDO NISTAL GONZÁLEZ

El PCE: de la clandestinidad a la legalidad

MARTÍN ALONSO

Stalingrado: la ciudad que derrotó a Hitler

MAURICIO ROJAS

Reflexiones sobre la igualdad